

según nosotros obramos y pensamos. Sin embargo, sus operaciones son evidentes y claras, y nuestros pensamientos oscuros: nosotros aplicamos á sus obras las abstracciones de nuestro entendimiento, la atribuimos nuestros medios, no juzgamos de sus fines sino por nuestras miras, y mezclamos perpetuamente en sus operaciones que son constantes, y en sus hechos que son siempre ciertos, el producto ilusorio y variable de nuestra imaginación.

No hablo de aquellos sistemas puramente arbitrarios, de aquellas frívolas é imaginarias hipótesis, en que á primera vista se reconoce que se nos presentan ilusiones en vez de realidades: solamente trato de aquellos métodos por cuyo medio se investiga la naturaleza. El mismo camino del experimento ha producido menos verdades que errores; y aunque el mas seguro, solamente lo es cuando sigue bien dirigido, pues por poco oblicuo que sea conduce á regiones estériles, donde no se echan de ver oscuramente sino algunos objetos esparcidos. Sin embargo, se hacen esfuerzos para reunirlos, suponiéndoles relaciones mutuas y propiedades comunes; y como se pasa y vuelve á pasar con satisfacción por las sendas tortuosas que se abrieron, de ahí viene que parece un camino trillado que todos siguen, aunque no conduce á ningun término,

adoptándose el método por consiguiente y admitiéndose sus consecuencias como principios. No me sería difícil probar esto solo con esponer desnudamente el origen de los que se llaman principios en todas las ciencias abstractas ó reales: en las primeras, la base general de sus principios es la abstracción, esto es, una ó muchas suposiciones; y en las otras no son mas que las consecuencias buenas ó malas de los métodos que se han seguido. Mas, para ceñirme á hablar aquí solamente de la anatomía, ¿no es acaso muy verosímil que el primero que, venciendo la repugnancia natural, se resolvió á abrir un cadáver humano, lo ejecutó en la persuasión de que examinándole, disecándole y dividiéndole en todas sus partes, conocería en breve su estructura, mecanismo y funciones? Pero habiendo hallado el asunto infinitamente mas complicado de lo que pensaba, se vió precisado á desistir de sus pretensiones, y á formar un método, no para conocer y juzgar, sino solamente para ver, y ver con orden. Este método no fue obra de un solo hombre, pues han sido necesarios todos los siglos para perfeccionarle, y aun al presente ocupa él solo nuestros mas hábiles anatómicos: sin embargo, este método no es la ciencia, sino el camino que debería conducir á ella, y que acaso hubiera conducido efectivamente, si en

vez de caminar siempre por una misma línea en estrecho sendero, se hubiese ensanchado el camino y comparado la anatomía del hombre con la de los animales. Porque en efecto, ¿que conocimiento real se puede sacar de un objeto aislado, cuando el fundamento de toda ciencia consiste en la comparacion que el entendimiento humano sabe hacer de los objetos semejantes y diferentes, de sus propiedades análogas ó contrarias, y de todas sus calidades relativas? Lo absoluto, si es que existe, está fuera del alcance de nuestros conocimientos: nosotros no juzgamos ni podemos juzgar de las cosas, sino por las relaciones que tienen entre sí; y por lo mismo, siempre que en un método se atiende solamente al sugeto, y se le considere aislado é independiente de todo lo que se le asemeja ó difiere de él, no se puede llegar á ningun conocimiento real, y mucho menos elevarse á ningun principio general: por manera, que lo único que se adelantará entonces será dar nombres y hacer descripciones de la cosa y de todas sus partes. Así vemos que al cabo de tres mil años que se están disecando cadáveres humanos, no es aun mas la anatomía que una nomenclatura, y apenas se han dado algunos pasos hácia su real y verdadero objeto, que es la ciencia de la economía animal. Además, ¿que defectos no hay

en el mismo método, siendo así que debiera ser claro y sencillo, puesto que depende de la inspeccion, y solo se dirige á denominaciones! Pero habiéndose tomado este conocimiento nominal por la verdadera ciencia, no se ha hecho mas que aumentar ó multiplicar el número de los nombres, en vez de limitar el de las cosas: se ha cargado la mano en menudencias, se han querido hallar diferencias donde no habia sino semejanzas, y creando nuevas denominaciones, se ha creído proponer cosas nuevas, se han descrito con nimia exactitud las partes mas diminutas, de suerte que la descripcion de alguna parte aun mas pequeña, olvidada ó despreciada por los anatómicos precedentes, se ha llamado descubrimiento; y hasta las mismas denominaciones, tomadas muchas veces de objetos que no tenian ninguna conformidad con las que se pretendia designar, solo han servido para aumentar la confusion. Lo que en el cerebro se llama *testes* y *nates*, ¿qué viene á ser sino unas partes de la masa encefálica semejantes al todo, y que no merecian nombre particular? Estos nombres, adoptados por acaso, ó puestos por preocupacion, han producido nuevas preocupaciones despues y opiniones aventuradas; y otros nombres dados á partes que no se habian visto ni examinado bien ó que ni aun existian,

han sido nuevos manantiales de errores: ¡Que de funciones y usos no se han atribuido á la glándula pineal, y al espacio que han supuesto vacío, llamado *bóveda*, en el cerebro, siendo así que la una no es mas que una glándula, y del otro es muy dudoso que exista, puesto que tal vez le produce la mano del anatómico y el método de la diseccion (1)!

Siguese, pues, de ahí que no es lo mas difícil en las ciencias el conocer las cosas que constituyen su objeto directo, sino el despojarlas antes de todo de una infinidad de cortezas con que se las ha cubierto; borrar los falsos colores con que se las ha disfrazado; examinar el fundamento y el producto del método con que son investigadas; separar todo lo que arbitrariamente se haya introducido en ellas; y procurar en fin reconocer las preocupaciones y los errores que haya producido la mezcla de lo arbitrario con lo real. Todo esto es necesario para volver á hallar la naturaleza; y una vez hecho, no se necesita mas para conocerla que compararla consigo misma. En la economía animal nos parece muy misteriosa y oculta, no solo en razon de lo complicado de su objeto, y porque la menos sencilla de todas sus producciones es el cuer-

(1) Véase sobre este asunto el *Discurso de Stenon*.

po del hombre, sino principalmente porque no se la ha comparado consigo misma, y porque habiendo desatendido estos medios de comparación, los únicos que podían darnos luces, nos hemos quedado en la oscuridad de la duda y en la incertidumbre de las hipótesis. Tenemos millares de volúmenes sobre la descripción del cuerpo humano, y apenas hay principiadas algunas memorias sobre las de los animales: en el hombre se han reconocido, nombrado y descrito las partes mas diminutas, al paso que se ignora si se hallan en los animales no tan solo esas partes pequeñísimas, sino tambien las mayores; y se atribuyen ciertas funciones á ciertos órganos, sin haberse informado si se verifican las mismas funciones en otros seres, aunque carezcan de tales órganos; de suerte, que en todas las esplicaciones que se han querido dar de las varias partes de la economía animal, se ha incurrido en dos inconvenientes, que son, haber empezado por el asunto mas complicado, y haber discurrendo sobre este mismo asunto sin el fundamento de la relacion y sin el socorro de la analogía.

El método que seguimos en el decurso de esta obra es sin duda muy distinto. Comparando siempre la naturaleza consigo misma, la hemos considerado en sus relaciones, en sus contradicciones y en sus extremos, y sin citar aquí mas

que las partes relativas á la economía animal, de que hemós tenido ocasion de tratar, como son la generacion, los sentidos, el movimiento, el sentimiento y la naturaleza de los animales, será fácil reconocer que despues del trabajo, á veces largo, pero siempre necesario, para desecher las falsas ideas, destruir las preocupaciones, y separar lo arbitrario de lo que hay de real en las cosas, el único arte que hemos empleado ha sido la comparacion. Si logramos comunicar alguna luz sobre estos asuntos, no se debe atribuir tanto al ingenio como al método que seguimos constantemente, al cual hemos dado toda la generalidad y estension que nos han permitido nuestros conocimientos; y como todos los dias adquirimos nuevas nociones por medio del exámen y diseccion de las partes internas de los animales, fuera de que para discurrir con acierto sobre la economía animal es necesario haber visto de este modo á lo menos todos los géneros de animales diferentes, de ahí es que nos daremos prisa á presentar ideas generales antes de haber espuesto los resultados particulares.

Por lo mismo nos contentaremos con recordar ciertos hechos que si bien dependientes de la teoria del sentimiento y del apetito, sobre la cual no queremos por ahora dilatarnos mas,

bastarán sin embargo por si solos para demostrar que el hombre en el estado de naturaleza no se ha reducido nunca á sustentarse tan solo de yerbas, semillas ó frutas, y que en todos tiempos ha procurado alimentarse de carne, de la misma suerte que la mayor parte de animales.

La dieta pitagórica, tan decantada por los filósofos antiguos y modernos, y recomendada aun por algunos médicos, nunca fue indicada por la naturaleza. En la primitiva edad, en el siglo de oro, el hombre inocente como la paloma, no comia mas que bellotas, ni conocia mas bebida que el agua; encontrando en todas partes su subsistencia, vivia sin inquietud, independiente y siempre en paz consigo mismo y con los animales: mas apenas, olvidando su nobleza, sacrificó su libertad por unirse con otros hombres, cuando la guerra, la edad de hierro sucedieron á la dorada paz. La crueldad, la aficion á la carne y á la sangre fueron los primeros frutos de una naturaleza depravada, que las costumbres y las artes acabaron de corromper.

He aqui lo que en todos tiempos han improperado al hombre en sociedad ciertos filósofos austeros, adustos por temperamento, quienes haciendo que resaltara su orgullo particular con la humillacion de toda la especie, trazaron aquella pintura en que no hay mas mérito que el

contraste, y quizás el de que á veces conviene presentar al hombre felicidades quiméricas.

¡Qué! ¿Ha existido nunca por ventura ese estado ideal de inocencia, de suma templanza, de abstinencia total de carnes, de tranquilidad perfecta y de profunda paz? ¿No es acaso mas bien un apólogo, una fábula en que se introduce al hombre en lugar de otro animal para darnos lecciones ó ejemplos? ¿Se puede ni aun suponer que hubiese virtudes antes de la sociedad? ¿Puede persuadirse nadie de buena fe que la pérdida de aquel estado salvaje merezca ser llorada, y que el hombre animal feroz fuese mas digno de aprecio que el hombre ciudadano civilizado? Si, diráseme tal vez, porque todas nuestras miserias provienen de la sociedad: y ¿qué importa que en el estado de naturaleza no hubiese virtudes si habia felicidades, ó bien si era el hombre solamente en aquel estado menos infeliz de lo que es ahora? ¿Acaso la libertad, la salud, la fuerza no son preferibles al regalo, á la sensualidad y aun al deleite, acompañados de la esclavitud? La privacion de las penas vale sin duda mucho mas que el uso de los placeres; y ¿de que mas se necesita para ser feliz que no desear nada?

Si esto es así, digamos tambien que es cosa mas dulce vegetar que vivir; no apetecer nada

mas que satisfacer el apetito; dormir con un sueño apático, que abrir los ojos para ver y sentir: consintamos en tener nuestra alma en profundo letargo, y nuestro entendimiento en tinieblas; y convengamos en no servirnos nunca de este ni de aquella, en hacernos inferiores á los brutos, y en no ser finalmente mas que unas masas de materia tosca asidas á la tierra.

Pero, en vez de disputar, examinemos; y despues de haber alegado razones, propongamos hechos. Tenemos á la vista, no el estado ideal, sino el estado real de la naturaleza. El salvaje morador del desierto ¿vive acaso tranquilo? es feliz? por cuanto no debemos suponer con cierto filósofo, uno de los mas implacables censores de nuestra humanidad (1), que hay mayor distancia del hombre en el estado de pura naturaleza al salvaje, que del salvaje á nosotros; y que pasaron mas siglos para llegar á la invencion del arte de hablar, de los que han pasado para perfeccionar los signos y las lenguas: porque entiendo que cuando se quiere discurrir sobre hechos, se deben desechar las suposiciones, é imponerse la ley de no acudir á ellas hasta haber apurado todo lo que la naturaleza nos presenta. Lo que vemos es que se va descendiendo por

(1) J. J. Rousseau.

grados imperceptibles desde las naciones mas instruidas y cultas á los pueblos menos industriosos; de estos á otros mas rudos, pero todavía sujetos á reyes y á cierta legislacion; y de estos á los salvajes, quienes no son todos parecidos entre sí, puesto que se encuentran entre ellos tantas diferencias como entre los pueblos civilizados; y unos forman naciones bastante numerosas, sujetas á gefes, mientras que otros, cuya sociedad es menos numerosa, solo se gobiernan por ciertos usos; y otros en fin, los mas solitarios é independientes, no dejan de formar familias y de estar sujetos á sus padres. Un imperio, un monarca; una familia, un padre, he aquí los dos extremos de la sociedad, los limites al propio tiempo de la naturaleza: si tuviesen estos mas estension, ¿por ventura recorriendo todas las soledades del globo, no se hubieran encontrado animales humanos privados del habla, sordos á la voz y á los signos, dispersos los varones y las hembras, y abandonados los hijos, etc.? Me atrevo á decir que, á menos de pretender que la constitucion del cuerpo humano fuese enteramente distinta de lo que es al presente, y su incremento fuese mucho mas precoz, no es posible sostener que el hombre haya existido jamás sin formar familias; pues los hijos perecerian sin duda si no fuesen socor-

ridos y cuidados por espacio de algunos años, en vez de que los animales recién nacidos no tienen necesidad de su madre sino durante algunos meses. Así pues, sola esta necesidad física basta para demostrar que la especie humana no ha podido durar y multiplicarse sino con el auxilio de la sociedad, y que la union de los padres y madres con los hijos es natural, puesto que es necesaria: y como esta union no puede menos de producir relaciones mutuas y durables entre el hijo y los padres, de ahí es que no se necesita mas para que se acostumbren entre sí á ciertos gestos, signos y sonidos, en una palabra, á todas las espresiones del sentimiento y de la necesidad, lo cual asimismo consta por los hechos, pues los salvajes mas solitarios gozan como los demas hombres del uso de los signos y la palabra.

Echase de ver claramente, segun esto, que el estado de pura naturaleza es un estado conocido, es el del salvaje que vive en los desiertos, pero que vive en familia, que conoce á sus hijos, que es conocido de ellos, que usa de la palabra y se da á entender. La muchacha y el hombre salvajes, encontrada aquella en los bosques de Champaña, y este en las selvas de Hanover, no prueban lo contrario: ambos habian vivido en una soledad absoluta; y por consiguiente

no podían tener idea alguna de sociedad, ni uso ninguno de los signos ó de la palabra; pero solo con que se hubiesen encontrado, la inclinación natural los hubiera arrastrado; el placer los habria reunido; y aficionados uno á otro, en breve se hubieran dado á entender; desde luego hubieran hablado entre sí el idioma del amor, y despues el de la ternura entre sí mismos y con sus hijos. Además, entrambos salvajes debieran haber nacido de hombres en sociedad, y sin duda habian sido abandonados en los bosques, no en su primera edad porque hubieran perecido, sino de cinco ó seis años, en una palabra, de una edad en que tenían ya bastante fuerza corporal para procurarse la subsistencia, pero una razon todavía demasiado débil para conservar las ideas que se les hubiesen trasmitido.

Examinemos pues este hombre en el estado de pura naturaleza, esto es, este salvaje en familia. A poco que esta prospere, él será en breve cabeza de una sociedad mas numerosa, cuyos miembros tendrán unos mismos modales, seguirán unos mismos usos, y hablarán un mismo idioma: á la tercera ó á mas tardar á la cuarta generación, habrá nuevas familias que podrán vivir separadas, pero que reunidas siempre por los vínculos comunes de los usos y del idioma,

formarán una pequeña nacion, la cual aumentando con el tiempo, podrá segun las circunstancias, llegar á ser un pueblo numeroso, ó bien permanecer en un estado semejante al de las naciones salvajes que conocemos. Esto dependerá principalmente de la inmediacion ó distancia en que los nuevos hombres se hallaren de los hombres civilizados. Si bajo un clima benigno y en terreno abundante pueden ocupar en libertad un espacio considerable, mas allá del cual solo encuentran soledades ú hombres tan nuevos como ellos, entonces permanecerán salvajes, y se harán amigos ó enemigos de sus vecinos segun las circunstancias; pero si bajo un cielo áspero y en terreno ingrato se hallan oprimidos entre sí por el número, y estrechados por el corto espacio, desde luego enviarán colonias ó harán irrupciones, se esparcirán y se confundirán con los demas pueblos, de los cuales se habrán hecho conquistadores ó esclavos. Así el hombre aspira igualmente á la sociedad en todos los estados, en todas situaciones y en todos los climas, siendo esto efecto constante de una causa necesaria y que depende de la esencia misma de la especie, esto es, de la propagacion.

He aquí lo que se echa de ver por lo tocante á la sociedad, la cual está fundada en la natu-

raleza; y si examinamos de la misma suerte cuales son los apetitos, cual el gusto de nuestros salvajes, hallaremos que ninguno de ellos se alimenta esclusivamente de frutas, de yerbas ó semillas, sino que todos prefieren la carne y el pescado á los demas alimentos. El agua pura les desagrada, y buscan los medios de hacer por sí mismos y de procurarse de otras partes una bebida menos insípida: los salvajes del Mediodia beben el zumo de las palmeras; los del Norte apenas se sacian del fastidioso aceite de ballena; otros hacen bebidas fermentadas; y todos generalmente tienen la mas escesiva pasion á los licores fuertes. Su industria, dictada por las urgencias de primera necesidad y escitada por sus apetitos naturales, se reduce á hacer instrumentos para la caza y la pesca. Un arco y flechas, una maza ó clava, varias redes y una canoa componen lo mas sublime de sus artes, las cuales no tienen mas objeto que los medios de procurarse una subsistencia conveniente á su gusto; debiendo tenerse presente que lo que conviene á su gusto conviene á la naturaleza, porque segun tenemos dicho ya (1), el hombre no podria nutrirse con sola yerba, y pereceria de necesidad si no tomase alimentos mas sustanciosos; pues no

(1) Véase el artículo del Buey.

teniendo mas de un estómago y cortos intestinos, no puede, como el buey que tiene cuatro estómagos é intestinos muy largos, tomar de una vez un gran volúmen de este alimento de poca sustancia, como seria absolutamente necesario para compensar la calidad con la cantidad. Lo mismo á poca diferencia se verifica respecto de las frutas y semillas, las cuales no bastarian para su nutrimento, porque seria preciso tambien un gran volúmen á fin de que produjesen la cantidad de moléculas orgánicas necesarias para la nutricion; y aunque el pan que se compone de lo mas puro del trigo y el trigo mismo, como todas nuestras legumbres y granos perfeccionados por el arte, sean mas sustanciosos y nutritivos que todas las demas semillas que solo tienen sus calidades naturales, con todo, el hombre reducido á no alimentarse mas que de pan y legumbres, apenas podria pasar sino con mucha debilidad y desfallecimiento una vida lánguida y miserable.

Considérense y sino aquellos piadosos cenobitas que se abstienen de todo lo que ha tenido vida; que por santos motivos renuncian los dones del Criador, se privan de la palabra, huyen de la sociedad, y se encierran dentro de unos muros sagrados, contra los cuales se quebrantan los ímpetus de la naturaleza: confinados en sus

asilos, ó por mejor decir, sepulcros de vivientes donde no se respira sino la muerte, macerado el rostro, los ojos amortiguados, y desmayadas sus miradas, su vida parece no se sostiene sino á costa de esfuerzos; toman alimento sin que cese la necesidad, y aunque su fervor los sostiene (porque la disposicion de la cabeza trasciende á todo el cuerpo), no suelen con todo resistir á esta abstinencia sino por pocos años: así es en efecto que no tanto viven como mueren cada dia con muerte anticipada, y no fallecen cesando de vivir sino acabando de morir.

Realmente la abstinencia de toda carne, lejos de ser provechosa á la naturaleza, no puede menos de destruirla; y si el hombre se viese reducido á ella, no podria subsistir ni multiplicarse á lo menos en estos climas. Semejante dieta pudiera ser posible tal vez en los países meridionales, donde las frutas son mas sazonadas, las plantas mas sustanciosas, las raices mas jugosas y los granos mas nutridos: pero con todo los bracmanes son mas bien una secta que un pueblo; mientras que su religion, aunque muy antigua, casi no se ha estendido fuera de sus escuelas, y nunca fuera de su país.

Esa secta, fundada en la metafísica, es un ejemplo admirable de la suerte de las opiniones humanas. Si examinamos los restos que nos han

quedado, no se puede dudar que las ciencias fueron cultivadas en la mas remota antigüedad, y perfeccionadas acaso mas que en la actualidad. Antes de nuestros tiempos se supo que todos los seres animados constaban de moléculas indestructibles siempre vivientes, y que pasaban de unos cuerpos á otros; pero esta verdad, adoptada por los filósofos y despues por gran número de hombres, solo conservó su pureza durante el tiempo de las luces; y habiendo sucedido una revolucion de tinieblas, no se hizo caso de las moléculas orgánicas vivientes sino para persuadirse que aquello que habia de viviente en el animal, era tal vez un todo indestructible, que se separaba del cuerpo despues de la muerte. A este todo ideal se dió el nombre de *alma*, la cual en breve fue considerada como un ser que realmente existia en todos los animales; y reuniendo á este ser fantástico la idea real, pero desfigurada, de la trasmigracion de las moléculas vivientes, se afirmó que despues de la muerte pasaba el alma sucesiva y perpetuamente de cuerpo en cuerpo. Ninguna excepcion le cupo al hombre: unióse bien luego la moral con la metafísica, y no se dudó que este ser sobreviviente conservaba en su trasmigracion sus sentimientos, sus afectos y deseos. Estremeciéronse los ánimos débiles; y en efecto, ¡ que

horror no debía experimentar esta alma cuando al salir de un domicilio agradable, se viese precisada á habitar el cuerpo infecto de un animal inmundo! Concibiéronse otros terrores, y cada terror produjo su supersticion: temióse que matando un animal podria tal vez degollar alguien á su padre ó á su amada; todas las bestias fueron respetadas mirándolas como prójimos; y por último, se estableció que por caridad y por obligacion convenia abstenerse de todo cuanto hubiese gozado de vida. He aquí el origen y progresos de esa religion, la mas antigua del continente de las Indias; origen que manifiesta de un modo harto claro que la verdad en manos de la multitud es en breve desfigurada, y que una opinion filosófica no se hace popular sino despues de haber mudado de forma; sin embargo de que en virtud de esta preparacion puede convertirse en una secta tanto mas fundada, quanto mas general fuere la preocupacion, y tanto mas respetada quanto que teniendo por fundamento verdades mal entendidas, será necesariamente rodeada de oscuridades, y por consiguiente parecerá misteriosa, incomprensible y augusta. El temor se mezclará despues con el respeto; esta secta degenerará en supersticiones y en prácticas ridiculas, las cuales sin embargo echarán profundas raices, producirán usos que al principio

serán practicados escrupulosamente; pero alterándose poco á poco, variarán tanto con el tiempo, que la misma opinion de que trajeron su origen, solo se conservará por medio de falsas tradiciones y de proverbios, y terminará en cuentos absurdos y pueriles: de donde se debe deducir que toda secta fundada en opiniones humanas es falsa y variable, y solo pertenece á Dios habernos dado la verdadera religion, que no dependiendo por manera alguna de nuestras opiniones, es inalterable y constante, y será siempre la misma.

Volvamos empero á nuestro asunto. La abstinencia total de carnes no puede menos de debilitar la naturaleza. El hombre necesita para mantenerse sano y robusto, no tan solo usar de este alimento sólido, sino tambien variarle. Si quiere adquirir un vigor completo, es necesario que escoja lo que mas le convenga; y como no puede mantenerse en un estado activo sino procurándose sensaciones nuevas, es preciso que dé á sus sentidos la conducente estension, que use de variedad de manjares, no menos que de los demas objetos inocentes, y que procure precaver e hastío causado por la uniformidad del alimento; pero evitando los excesos, mas perjudiciales y funestos aun que la abstinencia.

Los animales que solo tienen un estómago é

intestinos cortos están precisados, como el hombre, á alimentarse de carne. Esta analogía y esta verdad quedarán demostradas comparando por medio de las descripciones el volúmen relativo del canal intestinal en los animales carniceros y en los que solamente se alimentan de yerbas; pues se echará de ver siempre que semejante diferencia en su modo de vivir depende de su organizacion, y que todos toman un alimento mas ó menos sólido, relativamente á la capacidad mayor ó menor del almacén que debe recibirle.

Sin embargo, no se crea que de aqui deba inferirse que los animales que solamente se alimentan de yerbas estén reducidos por necesidad física á esta sola comida, así como los animales carniceros están precisados por esta misma necesidad á mantenerse de carne: solamente decimos que aquellos que están provistos de muchos estómagos ó de intestinos muy anchos, pueden pasar sin este alimento sustancioso y necesario para los otros; pero no pretendemos que no puedan usar de él, y que si la naturaleza les hubiese dado armas, no solamente para defenderse, sino tambien para acometer y hacer presa, no habrían hecho uso de ellas, y no se hubieran acostumbrado bien pronto á la carne y á la sangre; pues vemos que los carneros, los toros, las cabras y los caballos comen ansiosamente

leche y huevos, que son alimentos animales, y que sin necesidad de habituarse á ello, no rehúsan la carne picada y sazónada con sal. Pudiérase decir, pues, que la afición á la carne y demas alimentos sólidos es el apetito general de todos los animales, el cual se ejercita con mas ó menos vehemencia ó moderacion, segun la organizacion particular de cada animal; pues considerando la naturaleza en su totalidad, este mismo apetito se halla no solamente en el hombre y en los cuadrúpedos, sino tambien en las aves, en los peces, en los insectos y en los gusanos, para los cuales en particular parece que está destinada ulteriormente toda carne.

La nutricion se efectua en todos los animales por las moléculas orgánicas, que separadas de las heces del alimento por medio de la digestion, se mezclan con la sangre y se asimilan á todas las partes del cuerpo. Pero fuera de este grande efecto, que parece es el principal objeto de la naturaleza y proporcional á la calidad de los alimentos, estos producen otro que solo depende de su cantidad, esto es, de su masa y volúmen. El estómago y los intestinos son unas membranas flexibles que forman dentro del cuerpo una capacidad muy considerable: estas membranas, para mantenerse en su estado de tension, y contrapesar las fuerzas de las demas partes vecinas,

necesitan siempre estar llenas en parte; por manera, que si esta gran capacidad viene á hallarse enteramente vacía por falta de alimentos, no estando las membranas sostenidas en su interior, se aplastan, se aproximan y se pegan unas con otras; y esto es lo que produce el decaimiento y la debilidad, que son los primeros síntomas de la necesidad estrema. Los alimentos pues antes de servir á la nutricion del cuerpo, le sirven de lastre; y su volúmen es del todo necesario para mantener el equilibrio entre las partes internas, que todas tienen su accion y reaccion unas contra otras. Cuando alguno muere de hambre, no es tanto por falta de nutrimento, como por no estar lastrado; y de ahí es que los animales, principalmente los mas voraces, cuando les urge la necesidad, ó cuando solamente los mueve el desfallecimiento que ocasiona el vacío interno, no cuidan mas que de llenarle, y tragan tierra y piedras. Yo mismo he hallado greda en el estómago de un lobo, y visto comerla á los cerdos; y la esperiencia nos demuestra que la mayor parte de aves tragan piedrezuelas, etc.; mas no se crea que lo ejecuten por mero gusto de hacerlo, sino por necesidad, y porque lo mas urgente no es el refrescar la sangre con un quilo nuevo, sino el mantener el equilibrio de las fuerzas en las partes mayores de la máquina animal.

EL LOBO (1).

Canis lupus. L.

El lobo es uno de aquellos animales cuya afición á la carne es veheméntisima: y aunque junto con este apetito recibió de la naturaleza los medios de satisfacerle en las armas, sagacidad, agilidad y fuerzas que le dió, en una palabra, en todo lo necesario para hallar, acometer, vencer, asir y devorar su presa; sin embargo, muere con harta frecuencia de hambre, porque habiéndole declarado guerra el hombre, y aun proscrito poniendo talla á su cabeza, se ve precisado á

(1) El lobo: en griego *λύκος*; en latin *lupus*; en Cataluña *llop*; en italiano *lupo*; en francés *loup*; en aleman *wolff*; en inglés *wolf*; en sueco *ulf*; en polaco *wilk*.

Lupus, Gesner, *Icon animal. quadr.* pág. 79.

Lupus, Ray, *Synops. animal. quadr.* pág. 173.

Canis cauda recta corpore brevior, Linn. edit. iv.
Canis cauda incurva, edit. vi.

Lupus vulgaris, Klein, *Hist. nat. quadr.* pág. 70.

Canis ex griseo flavescens. *Lupus vulgaris*, Brisson, *Reg. animal.*, pág. 235.